

10 NOVIEMBRE 2024
DOMINGO 32-B



1. CONTEXTO

LA LIMOSNA DE LA VIUDA

En tiempos de Jesús, Jerusalén era un centro de mendicidad. Como se consideraba especialmente grato a Dios el dar limosna en Jerusalén, esto fomentaba aún más el número de mendigos. Los limosneros se concentraban especialmente cerca del templo, donde muchos de ellos no podían entrar si padecían alguna de las muchas enfermedades que se consideraban impedimento para estar en presencia de Dios: leprosos, tullidos, enfermos mentales, etc.

Para la piedad judía la limosna era un acto muy importante. Jesús no se opuso a la limosna. Al contrario, en varias ocasiones habla de vender las propias riquezas para dar el dinero a los pobres (Lc. 12, 12,33). Lo que critica Jesús es la actitud de aquellos que dan limosna para ser vistos o para encubrir la injusticia con que tratan a sus trabajadores. En todo el mundo antiguo la limosna y la beneficencia con los pobres eran una forma de favorecer la igualdad entre los hombres. En la actualidad, en un mundo tan compleja económicamente como el que vivimos, la limosna, la beneficencia, las "ayuda para el desarrollo" pueden ser una hermosa tapadera de las injusticias, que no se quieren resolver nunca de raíz. Cuando la limosna sustituye a la justicia debe ser rechazada. Cuando la

limosna impide al que la recibe crecer como ser humano, no es cristiana. La ayuda benéfica siempre será necesaria en momentos de emergencia, pero si no se ataca la causa de las injusticias estructurales que son la razón de que haya pobres, esta "caridad" no hace otra cosa que perpetuar la pobreza. Una limosna así no puede ser, por tanto, querida por Dios.

Junto al atrio de las mujeres estaba el llamado "tesoro" del templo, en el que los israelitas entregaban ofrendas para el culto. En la fachada exterior del atrio había 13 cepillos de madera en forma de trompetas, para recoger las ofrendas obligatorias y las voluntarias. Entre las obligatorias estaba el diezmo que pagaba anualmente al templo todo israelita varón mayor de veinte años. En tiempos de Jesús eran dos dracmas (dos denarios, es decir, el jornal de dos días). Había otros dineros también obligatorios que debían ofrendarse para el culto: incienso, oro, plata, tórtolas, etc. Las limosnas voluntarias eran de muy diversas clases: por expiación de una falta, por purificaciones, etc. En las fiestas había mayores aglomeraciones en el tesoro, pues gentes de todo el país acudían a cumplir su deber religioso de sostener el culto.

El tesoro del templo tuvo siempre fama de lujoso y opulento. Los poderosos del país dejaban allí riquezas de valor incalculable en objetos preciosos y también en dinero. El tesoro hacía también para ellos las funciones de un banco. Muchas familias depositaban allí sus bienes, sobre todo de la aristocracia y las de los sacerdotes. Esto hacía del templo la institución financiera más importante del país. El edificio reflejaba riqueza y poder. Por cualquier entrada había que atravesar portones recubiertos de oro y plata. Todo esto da su exacto valor al elogio que hace Jesús de la ofrenda de la viuda. Lo que ella echó en el tesoro fueron unos céntimos que no alcanzaban ni para pagar el pan necesario para como un día. Al engrandecer la generosidad de la viuda, Jesús, fiel a la tradición profética, esta denunciando el lujo de la llamada casa de Dios y, más todavía, la seguridad con la que los ricos piensan comprar con dinero la benevolencia del Señor (Jer 7, 1-11).

Al verdadero Dios no se le agrada con plata. El templo de Dios es el hombre (1 Cor. 3,16). Y la mejor tradición de la Iglesia fue siempre crítica ante las riquezas de los templos: "La Iglesia no es un museo de oro y plata... ¿Quieren de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No le honren (en el templo) con vestidos de seda y fuera le dejen perecer de frío y desnudez..." (S. Juan Crisóstomo)

(Cfr. Un tal Jesús. José y María López Vigil pg. 382-383)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: REYES 17,10-16

En aquellos días, el profeta Elías se puso en camino hacia Sarepta, y, al llegar a la puerta de la ciudad, encontró allí una viuda, que recogía leña. La llamo y le dijo: «Por favor, tráeme un poco de agua en un Jarro para que beba.» Mientras iba a buscarla, le grito: «Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan.» Respondió ella: «Te juro por el Señor, tu Dios, que no tengo ni pan; me queda solo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos.»

Respondió Elías: «No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: "La orza de harina no se vaciara, la alcuza de aceite no se agotara, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra. Ella se fue, hizo lo que le había dicho Elías, y comieron el, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agoto, como lo había dicho el Señor por medio de Elías.»

Milagro del aceite y la harina. La implacable sequía lleva a **Elías a Sarepta**, pequeña ciudad de la costa fenicia, donde tienen lugar dos acciones milagrosas protagonizadas por el profeta. Ambos relatos son de origen popular y acentúan el poder de la palabra de Dios que, comunicada por el profeta, puede restituir la vida a quienes están en las mismas puertas de la muerte o ya muertos.

El presente milagro del aceite y la harina tiene un claro tono polémico: si lo que se está jugando es **la supremacía entre el Señor y Baal** (dios fenicio de las cosechas y la fertilidad, de ámbito agrícola), el milagro en cuestión es un anticipo de la victoria del Señor que da el trigo (harina) y el aceite, dones atribuidos a Baal, incluso en el territorio donde éste reina y entre sus propios "súbditos" (Os 2,10).

Más tarde, el mismo Jesús alabará la actitud de esta viuda y se referirá a este episodio como ejemplo del **rechazo de Israel a sus profetas y de la gracia universal de Dios**, (Lc 4,25-26). (CB)

SALMO RESPONSORIAL: SAL 145

Alaba, alma mía, al Señor.

Que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos.

El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos.

Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad.

2ª LECTURA: HEBREOS 9,24-28

Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres -imagen del auténtico-, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros.

Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo. De hecho el se ha manifestado una sola vez, al final de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio.

De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, a los que lo esperan, para salvarlos.

Se expone el término de la acción de Cristo, su paso a la vida de Dios. De esta manera se subraya el nivel celeste del culto de Cristo.

El camino recorrido por Cristo, su sacrificio, no le lleva a un santuario terreno en el que Dios pueda habitar, sino al mismo cielo, que designa la realidad misma de Dios, su propio rostro. Cristo está ante ese rostro y se manifiesta constantemente en favor nuestro. El ingreso en el cielo es la obtención de una relación íntima con Dios, el ser asumido en la unidad de Dios mismo.

De esta manera ha sido conseguida la meta última de todo sacerdocio y de todo sacrificio.

EVANGELIO: MARCOS 12,38-44

A modo de conclusión, nos dice Shökel, reúne Marcos un par de críticas contra las autoridades corrompidas. Es lo que habían hecho los profetas reiteradamente (p.ej. Jr 21-23; Miq 2-3).

El primer capítulo es **la vanidad**, pariente de la soberbia, fustigada por sapienciales y profetas (**Prv 8,13; Is 2,12**). El segundo es la explotación de las clases indefensas (Is 1,17.23) so pretexto de oraciones que resultan viciadas; abusan a la vez de las viudas y del culto.

Aquellas personas tan estimadas y admiradas por el pueblo esconden, bajo un comportamiento aparentemente irreprochable, dos defectos que hacen inútil cualquier acto de culto: **vanidad y avaricia**

12,38-40 *En aquel tiempo enseñaba Jesús a la multitud y les decía: ¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa.*

A lo largo de su vida Jesús se encuentra con todo tipo de gentes de cualquier estrato social, político y religioso. **Los letrados (escribas)** eran los más peligrosos, pues presentaban una apariencia de santidad que engañaba a la gente sencilla.

En lugar de ayudar a los pobres y necesitados, como mandaba ya el Ex 22,21, no dudan en aprovecharse de ellos descaradamente, recurriendo a **una devoción ostentosa**, hecha como espectáculo, para atraer la admiración y la estima de la gente.

Por eso Jesús gasta energías en **quitarles la máscara** ante el pueblo. Eran los responsables de que la situación estuviera así, se dedicaban a abrumar a la gente con infinidad de mandamientos que en nada contribuían a mejorar la vida de las personas y menos aún la convivencia.

Eran casi todos del **partido fariseo**. Es verdad que no eran los únicos responsables. Los sumos sacerdotes habían convertido la religión en un auténtico y rentable negocio. Pero quedaban lejos del pueblo, y estaban desprestigiados. En cambio, los letrados tenían mucho prestigio e influencia.

Esa autoridad moral no la empleaban para ayudar al pueblo a organizarse de acuerdo con el plan de Dios. Sólo les preocupaba su prestigio, defender sus propios intereses, satisfacer su propio orgullo: vestiduras especiales, exigencia de que la gente les hiciera reverencias, gusto por los primeros puestos... y llenar la tripa (ellos tan espirituales) a costa de los más pobres -las viudas- "*con pretexto de largos rezos*".

Jesús les abre bien los ojos a los discípulos, ya que la práctica de los escribas era más peligrosa que su doctrina porque utilizan la religión para abusar de los desprotegidos. Manipulaban la imagen de Dios. Jesús no hace acusaciones vanas e imprecisas, invita a la gente a darse cuenta de lo que tienen ante los ojos. Quiere que el pueblo adquiriera espíritu crítico y así se haga libre: que no se someta a superioridades inmerecidas, que no tribute respetos impuestos, que dé a las personas su valor real. La apariencia de virtud de los letrados es falsa, en realidad están muy lejos de Dios. Si el pueblo es capaz de ver los hechos, no se dejará guiar por tales maestros.

41-44 *Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos les dijo: Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo tenía para vivir.*

Después de dejar sin resollo a todas las autoridades y grupos de presión, y antes de abandonar definitivamente el templo, Jesús quiere, sin embargo, que los discípulos graben bien en su memoria la lección sobre la naturaleza del verdadero culto.

Jesús se sienta frente al "arca de las ofrendas", que era uno de los trece recipientes en forma de embudo invertido situados en el atrio del Templo. Algunos leen: "Jesús se sienta y se siente enfrentado al dios del tesoro". El templo ya no era casa de oración sino una cueva de bandidos, lo había dicho antes. Lo importante era el tesoro donde se guardaba el botín. La escena de la que Jesús se sirve para su objetivo es conmovedora. En profundo contraste con la escena anterior, una pobre viuda que se acerca temblorosa al cepillo del templo es la que ofrece el mejor ejemplo de lo que debe ser el verdadero acto de culto. Es a ella a quien los discípulos han de imitar.

Aquella mujer echó todo lo que poseía para el culto y para los pobres. Parece que un sacerdote recibía los dones y el oferente daría a conocer, en el momento de la ofrenda, la magnitud de su don, de manera que un observador podría oír la cuantía. La viuda ofrece dos "leptas" que hacen un "cuadrante". El cuadrante no es una moneda judía sino romana. (Es un detalle más que demuestra que el evangelio de Marcos está escrito para los cristianos romanos)

Jesús, gran observador, es el que mira con el corazón. Se fija en la viejecita, y la pone como ejemplo: "*Ella ha echado todo lo que tenía para vivir*". Jesús ve las cosas de otra manera: para él no cuenta la cantidad sino la calidad; la gente vale por lo que es, no por lo que tiene o por lo que pretende valer. Quiere hacer una comunidad, alternativa de vida a este sistema, donde no se compre con sobornos, en el que nadie domine sobre nadie, ni haya quien explote a hermano. Es el estilo, el talante, el Reino que empieza con Jesús. Les viene a decir que lo grande es pequeño cuando el corazón es mezquino y lo pequeño, grande, cuando es generoso. No es la cantidad lo que cuenta, sino la calidad del corazón.

La viuda con su comportamiento, anuncia la venida de un mundo nuevo, de un cambio en el modo de ser y de vivir de cara a Dios y a los hombres. Aquel sistema religioso había enseñado a la viuda cómo Dios se complace en la limosna, y ella, que amaba a Dios sobre todas las cosas, entregó para su templo todo lo que tenía.

A juicio de Jesús, la viuda, con su escasa ofrenda, superó a todos los ricos porque éstos daban de la abundancia mientras que aquella daba de la carencia. No se valora la acción desde la libertad frente a la posesión sino desde el amor a Dios que ella expresa. Ella dio todo lo que poseía, cuanto necesitaba para el sustento de vida, que en el horizonte del pobre, suele abarcar lo que necesita para el día presente.

Con estas palabras termina el ministerio público de Jesús en el evangelio de Marcos. Ha querido conservar para siempre la figura de esta pobre viuda anónima: una lección y una denuncia.

3. PREGUNTAS...

1. *Cuidado con los letrados...*

¿Quiénes son hoy día los letrados? Posiblemente aquellos que saben de leyes, de bolsa, de teología, de códigos de derecho canónicos, pero que no sienten el dolor ajeno. **No practican la misericordia, la compasión.**

Quizá cada uno de nosotros también, cuando pontificamos, imponemos, aunque sea de manera suave, cuando nos cerramos al diálogo y no escuchamos desde el corazón.

También es frecuente encontrar a personas que **dan mucha importancia a la imagen, a lo exterior, a lo que se ve.** Les importa mucho la apariencia, lo que piensan los demás, el juicio de los otros. Olvidan que la verdadera identidad de una persona está en su interior. Si quieres saber la talla de un ser humano no lo mides de la cabeza a los pies. Mide su corazón.

Jesús abre los ojos, invita a la gente a que se den cuenta de lo que tienen ante su vista. Quiere que tanto sus discípulos como el pueblo adquiera sentido crítico y así se hagan libres.

- *¿Tengo sentido crítico ante lo que se me ofrece o soy un buen tubo digestivo que todo lo traga?*

2. *Se sentó enfrente y observaba...*

Se sienta enfrente, fuera del templo. Este mismo gesto ya dice bastante. También con gestos de denuncia, enseña. El **Papa Francisco** es un profeta de gestos.

Su mirada es profunda sobre las personas, las cosas. El Maestro sabe ver más allá de las apariencias. Mira el corazón, porque lo esencial está allí dentro.

Nos enseña a agudizar la mirada: "veo a los hombres como árboles que caminan" decía el primer ciego al inicio del camino. Así también ven mis ojos, que solo veo bultos y no rostros, escaparates y no trastiendas.

- *¿Cómo es mi mirada? ¿Aprendo de Jesús a saber ver? ¿Tengo gestos de denuncia?*

3. *Llamando a sus discípulos les dijo...*

Les enseña a interpretar los hechos y saber leer la vida: compara el comportamiento de los ricos y el de la viuda pobre. Qué contraste: su desprendimiento total frente a la codicia de los otros, el último puesto frente a la búsqueda de los primeros, su concepto limpio del culto vivido como don total.

Y que poco sabría aquella mujer de la explotación que había en el Templo, de la riqueza que acumulaba, del beneficio de las clases altas sacerdotales. Ella, víctima del sistema, criticó duramente con su pequeño gesto de don total, cualquier oportunismo y manipulación. Eso sí, tuvo que decirnos Jesús lo que Dios quiere de nosotros.

- *¿Estoy atento a la vida que pasa por mi lado cada día para sacar conclusiones, y que éstas sean evangélicas?*
- *¿Digo con hechos lo que llevo dentro?*

4. *Todos han echado de lo que les sobra; ella...*

Dar de lo que me sobra no es dar, a lo sumo devolver. Dar lo que necesito es compartir. Entregarse, estar disponible y dispuesto, eso es lo cristiano. El darlo todo refleja el mandamiento principal: *con TODO tu corazón...*

Hemos conocido en la Parroquia hermanos y hermanas muy parecidos a la viuda. Eran pobres y fueron capaces de hacer lo que a muchos nos cuesta y estamos olvidando: dar algo más que las sobras. Porque renovamos prendas y zapatos cada temporada, entregando lo usado a los pobres. Así tranquilizamos nuestra conciencia.

Hay un texto de san **Basilio de Cesarea** (s. IV) que todavía hoy puede sacudir nuestra conciencia: «*El pan que hay en tu despensa pertenece al hambriento; el abrigo que cuelga, sin usar, en tu guardarropa pertenece a quien lo necesita; los zapatos que se están estropeando en tu armario pertenecen al descalzo; el dinero que tú acumulas pertenece a los pobres.*» Casi nada.

- *¿Comparto, me entrego sin reservas?*

5. *Os aseguro que esa viuda pobre...*

Jesús nos presenta como ejemplo a imitar, a un mendigo ciego, a una viuda pobre... Ellos representan al Israel fiel, a los pobres de Yahvé. La viuda es auténtica, esencial: no finge, vive una religiosidad del corazón, no busca quedar bien ante los hombres.

Los discípulos, en cambio, estimaban más la gloria que la entrega. Cuando lo del joven rico, preguntan extrañados: *¿Entonces, quien puede subsistir?* (10,26) La respuesta que les dio Jesús: "Con Dios todo es posible", porque para un discípulo tener en "Dios tu tesoro" (10,21) es la dicha mayor. Así lo comprendió, así lo vivió la viuda.

Hoy estas enseñanzas no venden. El mundo propuesto por Jesús parece un mundo al revés. Pero es el mundo tal como Dios lo ve: donde no cuenta la cantidad sino la calidad; donde la gente vale por lo que es, no por lo que tiene y por lo que pretende valer; un mundo que no se compra con sobornos, en el que nadie domina sobre nadie ni hay quien explote al otro. Es el Reino que empezó con él.

Conocemos a muchas personas sencillas, pero de corazón grande y generoso, que **saben amar sin reservas.** Son lo mejor que tenemos en la Iglesia. Ellas son las que hacen el mundo más humano, las que creen de verdad en Dios, las que mantienen vivo el Espíritu de Jesús en medio de otras actitudes religiosas falsas e interesadas. De estas personas hemos de aprender a seguir a Jesús. Son las que más se le parecen.

- *¿Soy auténtico o dependo del qué dirán, de las apariencias, del rol que otros me han dado?*
- *¿En quién me fijo como ejemplo a imitar, en el que sabe, en el que tiene, o en el que vive desde la pobreza y sencillez los bienes del Reino?*